

Postura de la Iglesia Primitiva ante la Guerra y la No Resistencia

Quizás haya dos docenas o más de preguntas que acompañan a esta afirmación, pero todas pueden responderse con una sola respuesta: una simple enseñanza directamente de la boca de Jesús: "Amen a sus enemigos".

Históricamente, la Iglesia Primitiva no se oponía a la resistencia, lo que significa que no participaba en la guerra mediante el servicio militar ni cargos políticos. De hecho, tomaban las enseñanzas de Jesús de amar a los enemigos tan literalmente que enseñaban que a un cristiano se le ordenaba poner la otra mejilla cuando alguien lo abofeteaba. ¿Se han preguntado alguna vez por qué la Iglesia Primitiva nunca tomó represalias cuando fue perseguida por el gobierno romano? He aquí por qué.

Alrededor del año 350, todo esto cambió cuando el emperador romano Constantino abrazó el cristianismo y comenzó a influir en la toma de decisiones de la Iglesia. Hasta el año 350, la Iglesia Primitiva fue perseguida; sin embargo, cuando Constantino se "convirtió", promulgó un edicto que, en efecto, convirtió a la Iglesia en perseguidora. La nueva ley de Constantino declaraba que cualquiera que la mayoría de la iglesia considerara hereje debía ser asesinado. Entonces, ¿por qué fue este un punto de inflexión en la historia de la Iglesia Primitiva?

Porque marcó un punto de inflexión en el camino donde la Iglesia Primitiva se apartó de las sencillas enseñanzas de Jesús en Mateo 5, 6 y 7: amar a los enemigos; enseñanzas que la Iglesia Primitiva había defendido incluso en las persecuciones más feroces. Sin embargo, con la influencia del nuevo edicto de Constantino de matar a los herejes, la Iglesia dio un giro radical: de amar a sus enemigos como Jesús, a matarlos como Pilato.

Al analizar la historia de la Iglesia Primitiva, podemos ver otra vía de escape que la alejó de la enseñanza de Jesús sobre la no resistencia. El impulsor que condujo a la iglesia primitiva por este nuevo camino fue un teólogo llamado Agustín de Hipona. Antes de convertirse al cristianismo, Agustín pertenecía a la fe maniquea, una religión que enseñaba una forma extrema de dualismo: la idea de que el bien y el mal son poderes iguales. Como resultado de esta enseñanza, los maniqueos creían que el cuerpo y el espíritu eran dos seres separados e independientes el uno del otro. ¿Por qué mencionar esto? Bueno, porque influyó en la forma en que Agustín entendía y enseñaba las enseñanzas de Jesús.

Agustín escribió: «Podría suponerse que Dios no autorizó la guerra debido a lo que enseñó el Señor Jesucristo, diciendo: «Les digo que no resistan al mal. Pero si alguien los golpea en la mejilla derecha, preséntenle también la izquierda». Sin embargo, la respuesta aquí es que lo que se requiere no es una acción corporal, sino una disposición interior... El Señor exige paciencia cuando dice: «Si alguien los golpea en la mejilla derecha, preséntenle también la otra». Esto puede manifestarse en la disposición interior, aunque no se manifiesta en acciones corporales ni en palabras». (De Agustín, cap. 75, Los Padres Antenicenos)

Era como si Agustín dijera: «Es perfectamente aceptable matar a tu enemigo, siempre y cuando lo ames mientras lo haces». Pero ¿cómo puedes amar a alguien y apuntarle con una pistola a la cabeza? ¿Cómo puedes separar tus acciones corporales de tu «disposición interior»?

Lo que Agustín enseñó fue sin duda un desvío radical del camino estrecho y un giro en una dirección completamente diferente a la que la Iglesia había creído y practicado históricamente. ¿Cómo lo sabemos? Porque podemos leer lo que creían los cristianos de la iglesia primitiva y cómo practicaban las enseñanzas de Jesús. Uno de los primeros escritos cristianos que conocen los historiadores es una apología escrita por un cristiano llamado Justino, datada alrededor del año 150.

Justino escribió al gobierno romano que perseguía a los cristianos: «Solíamos odiarnos y destruirnos unos a otros, y nos negábamos a asociarnos con personas de otra raza o país. Ahora, gracias a Cristo, convivimos con tales personas y oramos por nuestros enemigos». (Primera disculpa de Justino, capítulo 11)

Otro escritor de la iglesia primitiva, llamado Cipriano, escribió: «Estamos dispersos por todo el mundo con el horror sangriento de los campamentos (puestos militares). El mundo entero está bañado en sangre mutua. Y el asesinato, que se admite como delito en el caso de un individuo, se llama virtud cuando se comete en masa. Se reclama impunidad para las malas acciones de los militares, no porque sean inocentes, sino porque la crueldad se perpetúa a gran escala». - Cipriano (c. 250) vol. 5 págs. 277 de los Padres Prenicosos. Un cristiano de la iglesia primitiva que vivió a principios del siglo IV, llamado Lactancio, escribió: «Si todos derivamos nuestro origen de un solo hombre, a quien Dios creó, somos claramente todos de una misma familia. Por lo tanto, debe considerarse una abominación odiar a otro ser humano, sin importar cuán culpable sea. Por esta razón, Dios ha decretado que no debemos odiar a nadie, sino que debemos eliminar el odio. Así, podemos consolar a nuestros enemigos recordándoles nuestra relación mutua. Porque si a todos nos ha dado vida el mismo Dios, ¿qué somos sino hermanos? ... Porque todos somos hermanos, Dios nos enseña a nunca hacernos el mal unos a otros, sino solo el bien: ayudando a los oprimidos, pasando por dificultades y dando de comer a los hambrientos». - Lactancio (Instituciones Divinas, libro 6, cap. 10).

Casi todos los escritores de la iglesia primitiva que enseñaban la no resistencia respaldaban sus creencias con el martirio, demostrando que estaban dispuestos a morir antes que quitarle la vida a otra persona. Sin embargo, para Agustín la historia fue completamente diferente. Agustín formuló lo que comúnmente se conoce como la "Doctrina de la Guerra Justa", una enseñanza que intenta justificar la guerra si se cumplen ciertos criterios. La Doctrina de la Guerra Justa de Agustín contradecía frontalmente lo que Jesús dijo en Mateo 5: "Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente; pero yo os digo: No resistáis al malo. Si alguien os abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra".

A diferencia de los cristianos valientes que lo precedieron, Agustín nunca dio su vida por la fe, y su teología no parece sugerir que estuviera dispuesto a hacerlo. Quizás no estaba dispuesto porque vio que las enseñanzas de Cristo iban a exigir más de lo que él estaba dispuesto a dar. Quizás como muchos otros, Agustín no quiso seguir las enseñanzas de Jesús y poner la otra mejilla, así que simplemente creó una teología que lo libró. En consecuencia, también les dio una salida fácil a otros.

Con la doctrina de la Guerra Justa de Agustín, la Iglesia Primitiva tenía una nueva hoja de ruta que eventualmente la conduciría a eventos como las Cruzadas Británicas, las Inquisiciones Europeas y muchas otras atrocidades lideradas por los conquistadores católicos españoles. Estos eventos, en consecuencia, harían que el mundo se preguntara por qué el cristianismo, que tanto habla de amor y perdón, no haría lo mismo...

¿Es suficiente toda esta historia para convencerte de que un cristiano debe amar a sus enemigos? Quizás no, pero ¿qué harás con lo que dijo Jesús: "Ama a tus enemigos"? ¿Y qué harás ante el Señor cuando te pregunte: "Te amé cuando eras mi enemigo, ¿por qué no hiciste lo mismo con los tuyos?"